

# EL FUTURO DE LA ECONOMIA CUBANA

Por

Jorge A. Sanguinety

Presented at the Congreso Internacional de Cultura Cubana, 29-31 January 2004, Asociación Española Cuba en Transición.

La crítica situación económica de Cuba, caracterizada por altos niveles de pobreza crónica, incapacidad de crecimiento, dependencia extrema de subsidios externos y un elevado nivel de endeudamiento está principalmente causada por la negativa del gobierno cubano de permitir que los cubanos trabajen, produzcan, comercien, se movilicen y decidan dónde residir con más libertades de las que gozan en la actualidad. El levantar estas restricciones tendría un alto valor y un bajo costo económicos. Esto hace indispensable reformar el sistema económico que impera en el país.

La economía mejoraría mucho más que marginalmente si además de introducir algunas libertades económicas se desarrollan las instituciones correspondientes a las de una economía de mercado y una democracia, todo lo cual consiste en establecer los derechos de propiedad, liberar el comercio, abandonar el control de los precios, establecer el marco legal que se necesita para garantizar la seguridad de los contratos y dar a los ciudadanos plenas libertades individuales. En este contexto el papel del gobierno se limitaría a la seguridad y defensa de la nación, el desarrollo de una administración de justicia capaz de garantizar los derechos individuales y financiar y producir los bienes públicos que corresponden a una economía moderna, como son la estabilidad de la política monetaria, la salud pública, el cuidado del medio ambiente y el desarrollo de sus recursos humanos.

O sea, la buena noticia es que la economía cubana se puede desarrollar a favor de sus ciudadanos siempre y cuando se tomen las medidas de liberalización que son bien conocidas en el mundo y que les ha permitido a otras economías crecer de manera sostenida y alcanzar los niveles de vida más altos del planeta. Lo único que impide hoy que la economía cubana prospere es el empecinamiento de la persona que ha logrado controlar la vida de todo un país y que se opone a toda suerte de reforma, bajo el pretexto de que los preceptos socialistas son sacrosantos y que la prosperidad económica lograda a través de una economía basada en libertades individuales corrompe al ser humano. La verdadera razón es que las libertades económicas son necesarias para lograr las libertades políticas y Fidel Castro sabe muy bien que el cubano se las agenciaría para sacarlo del poder si se les dan las libertades mínimas para hacerlo.

Pero la desaparición de Fidel Castro no será condición suficiente para que el gobierno que lo suceda adopte el programa de reformas que el país necesita. De hecho nadie sabe si ese gobierno estará compuesto por personas tan renuentes a hacer reformas como el propio Castro o si estará más dispuesto a introducir reformas en algún grado. Muchos en Cuba, incluso dentro de las filas del gobierno y posiblemente allegados al propio Castro, deben saber que el país necesita reformas urgentes no sólo para desarrollarse sino para detener su deterioro, pero no se atreven a expresar sus opiniones personales.

De todos modos, cualquiera que sea la naturaleza del primer gobierno que suceda a Fidel Castro, la mala noticia que se contrapone a la buena mencionada más arriba consiste en que tanto en Cuba como fuera de la isla parece haber muy poca comprensión y menos preparación para definir el futuro de la economía cubana. Si no se corrige esta deficiencia, que nos hace recordar la falta de un plan de nación en la inauguración de la

república, ha de hacer más difícil la instalación de una economía de mercado en un contexto democrático pues tal logro requiere el compromiso y el esfuerzo coordinado de muchos cubanos.

Muchas veces escuchamos que el problema económico de Cuba habrá de resolverse una vez Castro se vaya o deje de existir, que serán los economistas que vendrán con sus fórmulas y planes de reforma y resolverán el problema con relativa facilidad. A esta falacia se le unen toda una serie de creencias que dan la impresión que después de Castro sólo puede tener lugar un milagro económico en Cuba. Que si la tierra cubana es muy fértil, que los cubanos son muy trabajadores, que Miami creció gracias a los cubanos y muchas otras visiones optimistas pero irrealistas sobre el futuro. Lo más inquietante de estas expectativas es que son enunciadas no por ciudadanos ignorantes en cuestiones de estado y de política pública si no por personas que se destacan por sus posiciones y su pensamiento en la arena política cubana. Por supuesto que hay razones para ser optimista sobre el futuro de la economía cubana, pero debe ser un optimismo responsable, prudente y, sobre todo, condicionado a que exista una cierta preparación para cuando llegue ese momento.

La mayoría de los países ex socialistas no han conseguido todavía una transición satisfactoria al mercado ni a una verdadera democracia precisamente por una gran falta de comprensión de los líderes a cargo de las reformas. Este fenómeno se combinó con el hecho de que muchos de los políticos que consiguieron quedarse en posiciones influyentes, incluso de líderes de sus respectivos países, eran de la vieja nomenclatura y no sabían cómo beneficiarse con reformas democráticas y de mercado. Veían el proceso de reformas como una amenaza a sus propias posiciones económicas que derivaban de sus posiciones políticas. Mientras tanto, sus respectivas ciudadanía no sabían como movilizarse y formar las coaliciones políticas correspondientes. Estos son los casos de repúblicas como Ucrania, Belorusia, Georgia y las antiguas soviéticas de Asia. Mientras tanto vemos como la República Checa, la antigua Alemania Oriental, Hungría, Polonia, Estonia y Eslovenia han seguido programas de reformas que han mejorado significativamente sus economías en un marco democrático.

En estos momentos, cuando el fin del castrismo se puede suponer cercano, no hay evidencia de que los cubanos dentro o fuera de la isla se estén preparando para montar una democracia y una economía de mercado. Incluso, estudiando las expresiones de los cubanos en el exilio y los documentos y declaraciones que salen de Cuba uno se da cuenta de que el nivel de comprensión que existe sobre lo que realmente es una economía de mercado es paupérrimo y mucho peor es la comprensión en cuanto a cómo llegar a ella. Lo mismo sucede con el establecimiento de una democracia. Sólo vemos declaraciones generales, metas finales, hasta expresiones poética y patrióticas pero prácticamente ningún programa de trabajo o plan de acción que realmente profundice en lo que hay que hacer para poder tener influencia en el futuro devenir de los asuntos públicos de Cuba. Pocos han sido los líderes o figuras destacadas del exilio que han mostrado alguna preocupación en este sentido o que hayan trabajado seriamente al respecto. Entre las excepciones hay que incluir al señor Jorge Más Canosa y al Comandante Hubert Matos.

Otro campo de donde no se muestran preocupaciones serias sobre el futuro es en la copiosa producción de los escritores y otros intelectuales cubanos. Abunda la protesta y la denuncia sobre los desmanes de Castro, lo interminable de la dictadura, la violación continua de los derechos humanos, la falta de suficiente apoyo internacional o de tal o mas cual país, pero nada se propone para preparar al país para el futuro entre nuestros eruditos. Las reuniones y los escritos que han resultado de trece años de trabajo de la Asociación para el Estudio de la Economía Cubana (que dicho sea de paso cubre mucho más que la economía), aunque atraen una cierta cantidad de personas interesadas cada año, todavía no gozan de la atención que merecen por parte del exilio cubano y de casi todos sus líderes políticos. Lo mismo se puede decir del programa de Cuba en Transición de la Universidad de Miami.

Muchos se preguntarán ¿por qué hay que prepararse para una transición económica? ¿Por qué hay que prepararse para una democracia? Una de las paradojas de gobierno es que las destrezas que una persona necesita para ascender al poder son distintas a las que se necesitan para administrarlo. Los cubanos que se destacan en la arena de lo político dan la impresión de saber lo que tienen que hacer si alguna vez llegan al gobierno, pero se engañan. Los otros cubanos parecen que no tienen conciencia de que como ciudadanos en una sociedad democrática pueden aspirar a que los gobernantes sean competentes. A veces pienso que hay entre los cubanos una especie de fatalismo como si tal aspiración fuera ridícula o simplemente irrealista. Me retrotrae a mi adolescencia cuando la política cubana estaba dominada por un profundo cinismo y una falta de confianza absoluta en nuestras capacidades para elegir gobernantes de integridad que además fueran competentes.

La primera pregunta hay que comenzar a responderla diciendo que una economía no la construye un consejo de asesores económicos sino una nación entera. El economista no crea economías del mismo modo que un partero no crea niños. El economista, si acaso, sirve para guiar el proceso pero son muchos otros los que construyen la economía de mercado. Para comenzar, la economía de mercado opera en un marco de libertades limitadas no absolutas. Sin el sistema legal apropiado, la economía de mercado no puede operar, sería lo que algunos llaman una economía salvaje o una anarquía. La piedra clave de la economía de mercado es el derecho a la propiedad privada el cual debe ser establecido por el estado y hecho cumplir por el mismo. Ese es uno de los papeles principales del gobierno, junto al desarrollo de un sistema moderno de administración de justicia que declare y haga respetar las libertades individuales y proteja al ciudadano de los abusos de las grandes concentraciones de poder político (principalmente el gobierno mismo) y de poder económico (el de los monopolios y el del estado cuando es propietario y empleador principal).

Pero esa economía, si se establece en una sociedad democrática y no se le impone al ciudadano como lo ha sido en China o en el Chile del General Pinochet, requiere de legisladores y de ciudadanos en la sociedad civil que no son precisamente economistas pero que deben tener un nivel mínimo de comprensión sobre estas cuestiones. De lo contrario pueden repetir los innumerables errores que se han ido cometiendo en los países de América Latina y en otros donde la democracia ha estado dominada por la creencia de que la felicidad puede legislarse y se han emitido leyes y hasta constituciones que, en aras de la justicia social y otros ideales, han impedido el desarrollo económico y social de estos países. El ejemplo más reciente es el de Venezuela, pero podemos ver este fenómeno de disparates constitucionales y legislativos en otros países como Brasil, República Dominicana y Ecuador. Junto con legisladores y constituyentes, también deben tener un nivel mínimo de comprensión los líderes de sindicatos, los periodistas, los trabajadores, los empresarios, los educadores y todos aquellos ciudadanos que al menos como electores son miembros de una democracia.

Además del sistema legal, una economía de mercado depende de las empresas que se van creando y que constituyen el aparato productivo de la misma. Pero las empresas deben crearse y desarrollarse dentro del marco legal de esa clase de economía y en este punto debemos aclarar ¿qué es realmente una economía de mercado? Primero que nada hay que decir que esta economía se basa en un sistema de amplias libertades individuales que incluye la libertad de tener propiedades, de producir, de hacer contratos, de comerciar, de trabajar, de consumir, de viajar y de competir entre muchas otras. La libertad de competir es de hecho un resumen de otras y es una condición indispensable de la economía de mercado. La evidencia disponible sobre el hecho de que las economías de mercado que operan en democracias han correspondido a las sociedades más prósperas de la historia es irrefutable. No obstante hay todavía muchos que prefieren ignorar esa evidencia y abogan por un estado fuerte con tal grado control de la economía, que no solo acaba restringiendo las libertades económicas de los individuos si no hasta sus derechos políticos.

Los comunistas tratan de denigrar la economía de mercado como una de “capitalismo salvaje”, parte de una ideología “neoliberalista” que sólo sirve a los ricos y oprime a los pobres, intentando inculcar dudas y temores al ciudadano incauto e inculto y por supuesto olvidando los avatares de la planificación socialista y su incapacidad de producir suficientes bienes y servicios. Por otra parte existen las tendencias socialdemócratas que piensan que el estado debe jugar un papel muy fuerte en la economía porque consideran que el sector privado, al perseguir sus fines de lucro, no funcionaría tan a favor del interés ciudadano como un estado benefactor. En sus argumentos no se dan cuenta de la contradicción implícita en su razonamiento de que lo que proponen significa una concentración de poder económico en manos de los individuos que gobiernan y que tienen los mismos intereses de lucro que las empresas privadas, excepto que esos intereses están escondidos y generalmente disfrazados por razones superiores de estado. Además ignoran que tal concentración de poder económico en manos del estado es una amenaza a las libertades políticas que los mismos socialdemócratas dicen defender.

En toda sociedad existen individuos con diversas actitudes frente al riesgo, unos más aventurados, menos temerosos, otros más conservadores, muchas veces en busca de trabajos seguros o de la protección del estado. También existe una gran diversidad de actitudes frente al progreso personal, unos siendo más ambiciosos que otros y con ambiciones en distintos aspectos de la vida. Unos quieren ser científicos, otros artistas y otros desean triunfar en los negocios y ser ricos. Estas diversidades se mezclan con la de las capacidades de trabajo de los distintos individuos que componen una sociedad. Unos son más creativos que otros, o tienen más energía, perseverancia, etc. Toda esta diversidad la reconoció el propio Marx en su *Crítica del Programa de Gotha* y posteriormente propuso la sociedad comunista para enfrentar las desigualdades intrínsecas en el individuo por medio de la utopía en que la distribución de la riqueza se haría “según las necesidades de cada uno” sin importar las capacidades, que todos usarían al máximo como puro resultado de su altruismo. Marx cometió el error de suponer que el ser humano podía ser más altruista de lo que libremente él decide ser, pero que alienado de los frutos de su trabajo no es capaz de producir para los demás como si fuera un santo. Esto quedó demostrado con el colapso del sistema socialista mundial.

La economía de mercado es precisamente un sistema que depende de las libertades de los individuos para que puedan utilizar sus capacidades al máximo, pero dentro de un estado de derecho donde la igualdad entre los ciudadanos se establece ante la ley pero no se dicta en lo económico, precisamente para no aniquilar el incentivo a trabajar que es el motor del crecimiento y del progreso.

Las economías se desarrollan generalmente por espacio de muchos años, siglos inclusive. El desafío al que se enfrentaron los países que abandonaron el socialismo al comienzo de la década de los noventa se daba prácticamente por primera vez en la historia. Nunca antes se había dado el caso de que una economía centralmente planificada decidiera construir una economía de mercado, aunque había algunos casos de reformas que parecían precursores de este proceso, especialmente China, algunos países africanos y algunos países de América Latina, muy en especial Chile.

Cuba, sin embargo, se enfrenta a un desafío muy particular y es que posiblemente sea de todos los países socialistas el que en peores condiciones está para emprender un programa de reformas por su empobrecimiento y endeudamiento extremos y el gran aislamiento en que lo ha sumido el régimen de Castro. Esto no significa que no deba emprender un programa de reformas. Por el contrario, lo hace más necesario aún pero también hace más necesaria que una masa crítica de ciudadanos dentro y fuera de Cuba se prepare para el momento que un programa de reformas se haga posible.

Los problemas a los que se han de enfrentar los gobernantes cubanos a cargo de un programa de reformas económicas y de montar un sistema democrático de gobierno son enormes y aunque no se puede hacer un

plan preciso de reformas antes de que llegue ese momento, es necesario examinar toda una serie de cuestiones concretas como parte de la preparación. Algunas de las cuestiones que hay que ir discutiendo y comprendiendo se pueden expresar en las siguientes preguntas:

- ¿Cómo restablecer las relaciones internacionales del país?
- ¿Qué política debe seguir el país en los foros internacionales como las Naciones Unidas?
- ¿Debe Cuba negociar su participación en organismos internacionales de financiamiento como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y el Banco Inter-Americano de Desarrollo?
- ¿Debe comenzar a negociar préstamos enseguida y aumentar su endeudamiento o debe esperar?
- ¿Qué clase de donaciones debe aceptar de otros países?
- ¿Qué debe hacerse con las empresas extranjeras que invirtieron en Cuba bajo Castro?
- ¿Cómo enfrentar las reclamaciones al estado cubano en materia de propiedades confiscadas a cubanos y a extranjeros?
- ¿Qué régimen legal debe prevalecer en Cuba en los primeros días de una transición y cuánto debe tomar para llegar a uno de mayor permanencia?
- ¿Cuál debe ser el régimen monetario del país, uno exclusivamente basado en una moneda nacional o uno mixto como el actual? ¿Por cuánto tiempo?
- ¿Qué hacer con la deuda externa cubana? ¿Cuál sería la mejor estrategia a seguir?
- ¿Cómo se va a financiar el enorme déficit de la seguridad social con el tesoro público en bancarrota?
- ¿Cómo se va a financiar la educación?
- ¿Cómo se van a financiar los servicios de salud?
- ¿Qué medidas debe tomar el gobierno para reactivar la capacidad productiva del país?
- ¿Deberá el gobierno formular una política azucarera?
- ¿Deberá el gobierno impulsar o privilegiar el desarrollo de sectores específicos como el turismo o la agricultura?
- ¿Cómo habrá de restituirse una prensa libre, radial y escrita?
- ¿Qué debe hacerse con las fuerzas armadas y con los empleados de los aparatos de seguridad?

Esta es sólo una muestra de las cuestiones más importantes que habrán de dirimir los gobernantes cubanos que sucedan a Castro. A los que creen que pueden encontrarse en esa posición yo les pregunto ¿están ustedes preparados para dirigir un equipo de gobierno capaz de enfrentar estos problemas y resolverlos satisfactoriamente? Alguien tendrá que hacerlo, esté o no preparado. Pero lo mejor para Cuba es que usted esté preparado si no la probabilidad de errores es enorme y quien sufre es el país y sus ciudadanos. Y estos problemas, aunque muchos suenan económicos, tienen que ser resueltos por medio de decisiones políticas. Los asesores económicos sólo son asesores. Los que toman las decisiones son los políticos.

De hecho el desafío no es sólo para los líderes aunque ellos cargarán con la mayor responsabilidad. El desafío es para todos porque no sabemos quiénes estarán en el gobierno y porque aún cuando uno no esté, como ciudadano en una democracia tendrá muchas oportunidades de influenciar el proceso y de contribuir a que sea lo mejor posible, como legislador, como educador, como periodista, líder sindical o simple elector.